

EDUCACIÓN EN LA POSCRISIS

Un análisis remonta a los ciclos constantes de crisis en torno a la educación en democracia hasta llegar a este presente auspicioso en el que la educación se pone a la intemperie: muchas preguntas y algunas respuestas.

Uno de los rasgos distintivos con que los arduos discursos pedagógicos caracterizan a la educación en estos tiempos es el de la crisis. A veces la crisis de la educación los obnubila, y en otras ocasiones los fascina, o los obsesiona. Concepto trampa, si los hay, el de la crisis, acaso pone en un lodazal resbaladizo y estéril cualquier percepción de nuevas posibilidades. Como si la historia no fuera un proceso; y como si no la hiciéramos nosotros, aunque no la hagamos a nuestro antojo.

A 30 años de la democracia, ¿la educación está en crisis?

Los muros han caído. La educación está a la intemperie. Esa es una evidencia; tan evidente como aquello del Evangelio de San Juan: que los ciegos vean y los que ven queden ciegos. Tenemos dos alternativas: reconstruir los muros o educar a la intemperie.

Los muros fueron pergeñados por los jesuitas y el alquimista Comenio en los inicios de la escuela moderna: había que proteger a los niños del atraso de las culturas populares y de la indisciplina barbarie de sus propios padres. La intemperie, en cambio, nos habla de un cielo abierto e incierto; nos habla de estar "al aire libre"; también de estar dispuestos a perder algunas seguridades frente a las inclemencias de la vida. La intemperie nos susurra al oído el deseo, y no ya el consabido miedo a la muerte.

Vale la pena hacer historia en unos pocos renglones, aunque sea una desmesura.

Apenas comenzaba la democracia, aquel 10 de diciembre de hace 30 años, avanzaba como una turba descontrola-

da el afán democratizador. Traspasaba los muros y hacía emerger un rechazo visceral a la escuela autoritaria. Ese ímpetu dejaba algunas convicciones, entre ellas tratar al niño como niño y al joven como joven, tal como pedía el pedagogo cordobés Saúl Taborda por los años '30 del siglo XX.

El período siguiente nos puso en una intemperie despiadada, injusta, escalofriante. Tal vez más por una inquietud económica que de cualquier otra índole, los 90 fueron el escenario de la voluntad de restauración de los muros. Pero esta vez de la mano de las recetas mágicas, de las copias, de los modelos sin historia. En nombre de la entrada en el "primer mundo", vivimos la contracara de aquella provocadora convocatoria de Simón Rodríguez: "O inventamos o erramos", y nos vimos sumergidos en la "reforma educativa". Los jóvenes comenza-

En los 90 los jóvenes comenzaron a sentir en carne propia otro tipo de intemperie: la perversa percepción de que, pese a que se cacareara a cada rato "educación para el trabajo", cada vez más el futuro adquiría la figura amorfa del desempleo.

ron a sentir en carne propia otro tipo de intemperie: la perversa percepción de que, pese a que se cacareara a cada rato "educación para el trabajo", cada vez más el futuro adquiría la figura amorfa del desempleo.

El tsunami neoliberal fue devastador: destrucción del aparato productivo, achicamiento del Estado, depredación cultural y expulsión social, desacreditación de la política, desfinanciamiento de lo público, privatización económica y mercantilización de la vida cotidiana, desempleo creciente y precarización laboral, fascinación por el Primer Mundo y la globalización, tercer-sectorización de lo popular. Esas fueron las espantosas escenas que pusieron en una profunda crisis a la educación y que contribuyeron a formar un nuevo sujeto: el consumidor, el cliente o el usuario. Esta suerte de "educación social" enarboló la formación "ciudadana", pero despolitizada, sobre la base de identidades anoréxicas y fragmentadas.

En esa hecatombe, la escuela fue perdiendo paulatinamente su carácter sociocultural interpelador y su imagen de agencia ligada al ascenso social, a la inserción en el mundo del trabajo y a la construcción de la sociedad política. El 2001 nos puso en una intemperie abismal, enervante, penumbrosa; la de la "crisis orgánica", en la que lo viejo moría y lo nuevo no terminaba de nacer, y donde se producían –tal como afirmaba Gramsci– toda clase de "fenómenos morbosos".

A partir del año 2003 comienza en Argentina un período con luces y sombras, con logros y desafíos. Allí se abre un len-



to pero firme proceso de restitución del Estado, basado en gran medida en la recuperación de las memorias históricas, en la voluntad de reconstruir la justicia social, en la integración latinoamericana, en la iniciativa de las políticas públicas populares y en el reconocimiento de diversas identidades. Se fue abriendo paso un proceso de restitución de la escuela pública, cuyas pinceladas fueron la histórica Ley de Financiamiento Educativo, la ampliación de la educación obligatoria, los itinerarios de la democratización institucional, las políticas igualitarias únicas como "Conectar Igualdad".

¿Qué significa hoy la educación a la intemperie? La intemperie de nuestros días es diferente. Si bien carga con las muecas y los rastros de intemperies pasadas, como si fueran su secreta condena, muestra algunos nuevos itinerarios de la educación.

Palabras, polos y experiencias han hecho estallar los muros de la escuela. La intemperie también educa, y lo hace aunque no lo sepa. La democratización en la intemperie está tramada de luchas por el reconocimiento, organizaciones y movimientos sociales, bachilleratos populares, fábricas recuperadas, cooperativas, lugares de trabajo, medios de comunicación popular, expresiones culturales y artísticas. De nuevo tiene lugar el pueblo como sujeto político.

Por eso, la educación no está amurallada; está en esa intemperie, que invade la escuela. Allí se nos ha hecho evidente que hay un "campo educativo" mucho más vasto, más complejo y más rico. Un "Aleph", esa imagen de Borges: "Alanus de Insulis [habla] de una esfera cuyo centro está en todas partes y la circunferencia en ninguna". Hablamos de un mundo descentrado, donde las prácticas, los saberes, nuestras experiencias educativas, pueden ser caracterizadas como nomádicas. Acaso propias de un surfista que se mueve con velocidad por las superficies, y no tanto de un buceador que busca las profundidades, como sugiere Baricco. Un campo educativo descentrado en el que son absurdas las engañosas dicotomías del tipo "escuela vs. culturas populares", "libros vs. netbooks", "maestros vs. pares", "escuela vs. medios". Y en el que debe subvertirse la mirada para percibir las cosas como en una cinta de Moebius: sin adelante ni

atrás, sin superior ni inferior.

¿Una nueva "paideia" como la de los griegos? Quizás menos clásica, menos filosófica. Más complejamente democrática. Las visiones y voces que pueblan el espacio público hablan de una intemperie menos controlada. Las cartas de navegación de esta nueva "paideia" descomponen a los más disciplinados: la cultura no se enseña y el educador también es educado. Como quería John Dewey, pero también Saúl Tabor da, la participación en la democratización de la cultura no tiene sentido como contenido dosado en los programas; se aprende participando, al sumergirse en el mar de eso que hacemos y nos hace: la cultura.

Algunos reparten falsas promesas. Una de ellas es la educación virtual con su potencial quebrantamiento de los muros. Pero el aula virtual está atravesada no sólo por las formas de control y vigilancia de la gestión digital, sino que activa formas de autocontrol (debido a que actualiza las condiciones del panóptico) y de previsión racional, en la configuración del espacio público educativo.

El aula real permite cierta imprevisión en la irrupción de la palabra, configuradora del espacio público. El pizarrón registra no sólo lo planeado y previsto para la clase, sino aquello que formó parte de la discusión que se suscita. Registra, en ese sentido, lo que hay de la intemperie, de imprevisible, de pasional, en el espacio público. Registra la voz de los estudiantes y el docente, más allá de la palabra racionalizada.

El pizarrón puede abrir la posibilidad de una dimensión ausente o cooptada. El dispositivo técnico como figura de la eficacia, la eficiencia y la calidad logra capturar y ordenar las formas desarregladas y desarregladoras de la poiesis. El triunfo del cálculo y la transparencia de la tekne sobre la poiesis queda atenuado con el uso del pizarrón.

El aula real admite más que el aula virtual la expresión del artista por sobre la previsión del estoico. El artista trabaja a la intemperie; el estoico necesita los muros. En el pizarrón se manifiesta la tensión entre el orden de la didáctica escrita para todos, y la voz de los estudiantes que, burlando el orden de esa didáctica, expresa en palabras y en formas —para todos o para alguien— lo que muchas veces es prohibido, lo desordenado, lo



La intemperie también educa, y lo hace aunque no lo sepa. La democratización en la intemperie está tramada de luchas por el reconocimiento, organizaciones y movimientos sociales, bachilleratos populares. De nuevo tiene lugar el pueblo como sujeto político.



que viene de la intemperie. La previsión, el control, la vigilancia, el orden y la racionalización son los imprescindibles de una sociedad digital que, en gran medida, ha anudado hipermedios con hipermedios. Y para eso erige nuevos muros, pero bajo la paradójica forma del disimulo.

Hace poco, la película "La educación prohibida" reabrió un debate, como si fuera un brote rizomático, sobre la libertad y la democracia educativa. Quién sabe si fue involuntario, pero dejó anudada a la educación pública con la prohibición. O mejor, dejó anudado al tercer sector con la libertad.

Lo que se nos puso frente a los ojos es una disyuntiva, a veces dramática. De un lado, la democracia entendida como una serie de "alternativas particulares"

que mantienen (como dice Chomsky sobre la "democracia" en general) al gran rebaño más o menos controlado. Del otro, la democratización entendida como el crecimiento de la educación pública y popular, que se inscribe y articula con un arco de sueño social y político democrático y liberador.

Sin embargo, ya hace 80 años, Saúl Taborda hizo de aguafiestas: la educación no transforma la sociedad. La educación aislada y particular construye pequeñas murallas porque teme a la intemperie. Es la transformación en proceso de una sociedad la que configura sus formas de educación. Incluso en esos espacios democratizadores que la transformación auspicia.

Transitamos la certeza de que la vieja

doma que enarboló el disciplinamiento moderno no ha logrado ser completa. Lo indomable, que está a la intemperie, está tomando su revancha.

En cuanto se trate de educación, sigamos discutiendo, que esa es el alma del espacio público democrático. Para que resuene inmortal y repetitiva esa advertencia de Davies Giddy, el parlamentario inglés asustado, que dijo en 1807: "Por muy atractivo que pueda parecer en teoría, el proyecto de dar instrucción a las clases trabajadoras pobres sería malo para su moral y su felicidad. En lugar de enseñarles la subordinación, se les haría revolucionarios". Mientras los muros son esa "moral", la liberación sigue siendo el riesgo de la educación a la intemperie.